

tentarle, y creía de su deber no omitir nada por su parte para conseguir un buen suceso. Á este fin quiso informarse por sí mismo de la situación de la ciudad y de los puntos mas flacos por donde podria acometerla.

Su valor no le permitió llevar escolta consigo á esta averiguacion, pero habiendo llegado á las cercanías de Jericó, alzó los ojos y vió en frente de sí un varon puesto en pié y con espada desnuda. Nada le impuso este encuentro, y adelantándose hácia él con paso intrépido, ¿eres tú, le dijo, de los nuestros, ó de los enemigos? Ni de unos ni de otros, respondió con tono grave el varon desconocido. Yo soy, añadió, el príncipe del ejército del Señor. Cayó Josué sobre su rostro en la tierra y adorando á Dios en su ministro, le dijo: Qué es lo que mi Señor manda á su siervo? Quita, le respondió, el calzado de tus piés, porque el lugar en que estás santo es: é hizo Josué como se le mandaba. Lo mismo habia hecho Moisés, su maestro, cuando se acercó á ver la zarza de Horeb que ardia y no se quemaba. Incorporado Josué y prestando la mas respetuosa atencion: Hé ahí, le dijo el ministro del Señor; hé ahí que el Señor ha puesto en tu mano á Jericó, á su rey y á todos sus varones fuertes. Josué al oír esto creyó que Jericó seria embestida, asaltada, tomada á viva fuerza y entregada en manos de Israel, como lo habian sido las ciudades cananeas del otro lado del rio; pero no era así como disponia el Señor entregarla en su poder. Esta conquista habia de ser enteramente extraordinaria y nunca vista ni oida. Dad vuelta á la ciudad una vez al dia, dijo el ángel del Señor á Josué. Así lo haréis por seis dias, llevando los sacerdotes las siete trompetas que sirven en el Jubileo, é irán tocando delante del arca de la alianza. En el sétimo daréis siete vueltas á la ciudad, y los sacerdotes tocarán las trompetas. Cuando sonare la voz de la trompeta por mas tiempo y mas interrumpidamente, é hiriere en vuestros oidos, entonces clamará todo el pueblo á una en voz muy alta; y hé ahí que se arrancarán de sus cimientos los muros de

Jericó y caerán destrozados á vuestra vista. Desapareció el príncipe del ejército del Señor, y Josué se volvió á su campamento llevando las noticias del modo de tomar la ciudad, no como él las iba á adquirir por sí mismo, sino como se las habia dado un ángel de orden y á nombre de Dios.

Disposiciones y diligencias para tomar á Jericó.

Apenas entró Josué en el campamento, llamó á los sacerdotes y les comunicó la disposicion del Señor. Mandó luego á los príncipes de las tribus que la comunicasen al pueblo. La mañana del dia siguiente, que era el veinte y cinco del primer mes, se levantó antes del dia para prevenirlo todo, y se partió del campamento bien temprano y en buen orden. Los soldados armados y mandados por sus oficiales caminaban al frente de sus banderas. Todo el ejército mandado por Josué marchaba en orden de batalla, y era como la vanguardia de esta expedicion extraordinaria. Seguian siete sacerdotes cada uno con su trompeta. Á cierta distancia venia sobre los hombros de otros cuatro sacerdotes el arca del Señor, Dios de los ejércitos y de las victorias. Á otra distancia del arca seguia el pueblo en todo orden como si fuera un disciplinado ejército. Guardaban todos un profundo silencio, y solo se interrumpia por el sonido de las trompetas que tocaban de tiempo en tiempo los siete sacerdotes y cuyo sonido se dejaba oír por aquellas vastas llanuras. Despues de haber dado con este misterioso aparato una vuelta á la ciudad en bastante distancia de sus muros, se volvieron al campamento colocando los sacerdotes el arca del Señor en el santuario.

La primera vez que los moradores de Jericó vieron desde sus muros esta especie de procesion militar, creyeron regularmente que los Israelitas solo pretendian hacer una ostencion de sus fuerzas y asustarles con su mu-

chedumbre; pero cuando por seis dias seguidos vieron esta misma procesion al rededor de sus muros, sin que saliese ni una palabra de su boca, ni una saeta de sus manos, este espectáculo que al principio les pareció misterioso é imponente, vino á parecerles extravagante y ridículo; porque, á la verdad, jamás habian oido que se derribasen los muros de las ciudades dando paseos en silencio al rededor de ellas, y tocando de tiempo en tiempo siete trompetas. Sin embargo así habia de suceder con los de Jericó, segun la palabra del Señor. El dia sétimo de estas procesiones, en parte militares y en parte religiosas, se estuvo alerta en el campamento desde muy temprano. Juntó Josué á los oficiales del ejército y les previno: que en aquel dia se darian no una, sino siete vueltas á la ciudad en el orden que los anteriores: que en la última seria el sonido de las trompetas mas largo y mas agudo: que entonces cada uno levantase su voz, y uniéndola con las voces de todo el pueblo, diese grandes gritos, porque en aquel momento habian de caer los muros de Jericó: que cada oficial tuviese prevenidos sus soldados con las armas en la mano, y acometiese á la ciudad por la parte que tuviese delante de sí: que todo lo pasasen á filo de espada, así hombres como bestias sin dejar nada con vida, porque todo estaba condenado al exterminio: que se prendiese fuego á la ciudad y todo se entregase á las llamas, excepto el oro, plata, cobre y hierro que se consagraria al Señor y depositaria en el templo: que bien sabian que habia una casa en la ciudad que debia respetarse, que era la de Rahab, en la que no se habia de tocar hasta que su dueña y todos los parientes que se hubiesen refugiado allí, hubiesen salido de ella con todos sus bienes; y en fin, que nada mas se reservase de aquella ciudad condenada al exterminio y al anatema.

Toma de Jericó.

Hechas estas prevenciones, se comenzó el movimiento en el mismo orden que los dias anteriores. Los Cananeos, acostumbrados ya á estas vueltas diarias, miraron con indiferencia la primera de este dia; pero cuando las vieron repetir y seguir repitiendo hasta siete veces, debieron entrar en cuidado. Mas como no veían ni avanzar trabajos militares hácia la ciudad, ni acercar máquinas á sus muros, ni hacer la menor preparacion para combatirla y asaltarla, acaso lo miraron todo como la consumacion de una locura. Pero las vueltas cada vez eran mas ceñidas y cercanas á la ciudad, y la última tocaba ya con sus muros. Entonces llegó el momento, se aumenta, se alarga, y se hace mas penetrante el sonido de las trompetas. Se oye al mismo tiempo una gritería espantosa en rededor de toda la ciudad, y los muros caen, y los soldados armados entran por todas partes, y el filo de sus espadas traspasa á todos los habitantes. Nada queda con vida. Desde el rey hasta el último vasallo, y desde el buey hasta la última bestia, todo cae, todo espira á los golpes de su acero. Cuando se entraba por todas partes en la ciudad, advirtió Josué á los dos Israelitas que habian sido enviados á ella de exploradores: Corred á la casa de Rahab y sacadla con todo lo que es suyo, así como se lo asegurásteis con juramento. Los exploradores volaron en alas de su agradecimiento, sacaron de ella á Rahab, sus padres, hermanos y parientes con todos sus bienes, y les llevaron al lado del campamento para darles entrada en él, luego que fuesen purificados. Entretanto la ciudad habia sido entregada al fuego y las llamas subian hasta el cielo. Todo fué reducido á carbones y pavesas hasta los cadáveres de sus habitantes y las carnes de las bestias. Solo se reservó el oro, la plata, el cobre y el hierro, que fué consagrado para el tesoro del Señor. Josué, en el ardor de su celo por la gloria de

Dios, fulminó entonces contra Jericó esta terrible imprecación : Maldito delante del Señor el varon que levantara y reedificare la ciudad de Jericó. Su primogénito muera cuando echare sus cimientos, y perezca el último de sus hijos cuando pusiere sus puertas. Poco tiempo despues de este anatema se edificó otra ciudad con el nombre de Jericó á corta distancia de la que acabó en este dia; pero nadie se atrevió en mas de quinientos años á levantar sobre sus cimientos la que el Señor habia destruido, hasta que en el reinado de Acab, un tal Hiel trató de reedificarla, y aunque vió este temerario que al echar los cimientos murió su primogénito Aviran, fué tan obstinado que siguió edificando la ciudad y perdiendo sus hijos, hasta que al poner las puertas murió Segub el último de todos, cumpliéndose todo á la letra como lo habia dicho el Señor por boca de Josué. Purificada Rahab y su parentela segun mandaba la ley, fué conducida con todos los suyos al campamento, donde recibió los parabienes y congratulaciones de todo Israel. Abjuró públicamente con todos sus parientes la idolatría que detestaba hacia tiempo en su corazon, y fué incorporada con ellos á los hijos de Abraham, Isaac y Jacob. Casó con uno de los hijos de Israel y tuvo la gloria de dar al pueblo de Dios reyes de su sangre y padres del Mesías.

La toma de Jericó llevó por todas partes el nombre de Josué y acabó de llenar de espanto á todos los Cananeos, que ya estaban aterrados con la noticia del paso asombroso del Jordán; y si un prevaricador de Israel no hubiese irritado al Señor contra su pueblo, acaso los Cananeos se hubieran acogido á la clemencia del Dios de Abraham como Rahab, su familia y una multitud de prosélitos que venian incorporados ya desde Egipto y se incorporaban continuamente al pueblo escogido; á lo menos, consultando con en existencia, hubieran huido á otros países como los Amorreos del reino de Basan que se salvaron en las alturas del Líbano. Cualquiera de estas resoluciones habria ahorrado á Israel una multitud de

batallas y conservado á los idólatras un millon de vidas. Pero un Acan desconcertó estas esperanzas, causó por algunos dias un oprobio en Israel, hizo que corriese la sangre de los hijos de Jacob, animó á sus enemigos para recoger las armas que se les habian caido de las manos, y les empeño y obstinó en resistir al pueblo del Señor, creyendo que despues de haber sido vencido y derrotado por una de las menores ciudades de Canaan, sería deshecho y reducido á polvo por los numerosos y aguerridos ejércitos de los reyes cananeos.

Se trata de tomar á Hai.

Despues de la ruina de Jericó, determinó Josué la conquista de la ciudad de Hai, situada mas dentro de la tierra de Canaan que la primera y poco distante de ella. Tenia su rey y sus dependencias, y era mucho menos fuerte que Jericó; pero el delito oculto de un Israelita habia irritado al Señor, y permitió que los moradores de Hai, en vez de estremecerse y abatirse con el estruendo de la caida de Jericó, se endureciesen y empeñasen en una defensa mas que temeraria. Envió Josué algunos oficiales del ejército á reconocerla, y vistas sus fortificaciones y defensas no les pareció que la ciudad de Hai merecia un sitio formal. Así lo informaron al general cuando volvieron, añadiendo que, á su entender, bastaria enviar á esta conquista des ó tres mil hombres escogidos sin necesidad de molestar á todo el ejército.

Se pierde la accion.

Convenido Josué con el consejo de sus oficiales, envió tres mil hombres escogidos bajo las órdenes de un jefe de su confianza á la conquista de una ciudad que solo encerraba un puñado de Cananeos en unos débiles muros;

y en efecto la toma de esta ciudad se habria verificado al primer acometimiento, pero el Dios de las batallas estaba enojado con Israel y no sostuvo á sus soldados; así es que los defensores de Hai hicieron una salida y atropellaron á los Israelitas, llevándolos de batida hasta el valle que se llamó de Sabarin, que significa rompimientos, por haber sido rotos en él los escuadrones de Israel.

Consulta Josué al Señor sobre esta desgracia.

La humillacion que causó á Israel esta derrota fué sin comparacion mas considerable que su pérdida. Treinta y seis hombres muertos y algunos heridos nada significaban en un ejército de seiscientos mil combatientes, y á los ojos de la prudencia humana el desquite estaba en su mano; pero en el campamento del pueblo de Israel se pensaba de otro modo. Se creyó desde luego que haber sido abatidos por los incircuncisos significaba el estar desamparados de Dios, y esto consternó al pueblo y liquidó su corazon como el agua, dice el sagrado texto. El general quedó traspasado de pena, y su espíritu se sintió ocupado de las mas inquietas reflexiones. No se detuvo en reprender ni al oficial ni al soldado, porque se persuadió á que no lo merecian. Lleno de fe, tanto sobre las amenazas como sobre las promesas del Señor, fué á buscar el remedio de este mal en donde creía hallarle. Rasgó sus vestiduras, cubrió de ceniza su cabeza, y fué á postrarse en la presencia del arca santa, acompañado de los príncipes y ancianos de Israel, que rasgaron tambien sus vestidos y cubrieron sus cabezas de ceniza. En esta humilde y aflictiva postura se atrevió Josué á dirigir al Señor sus respetuosas quejas, diciendo: ¡Ah Señor, Dios! ¡Dios y Señor mio! ¿qué diré viendo á Israel volver la espalda á vuestros enemigos? Lo oirán los Cananeos y todos los habitantes de la tierra, y unidos nos

cercarán y borrarán nuestro nombre de la tierra. ¿Y qué haréis de vuestro grande nombre?

El Señor le descubre el motivo.

Ha pecado Israel, dijo el Señor. Se ha traspasado mi pacto. Se ha tomado del anatema. Se ha robado y escondido el robo. No podrá Israel mantenerse firme delante de sus enemigos, y huirá de ellos por haberse contaminado con el anatema. No estaré mas con vosotros hasta que destruyais el reo de esa maldad. Deja de estar postrado. Levántate. Santifica á los hijos de Israel y díles: Estad santificados para mañana, porque esto dice el Señor: Anatema hay en medio de ti ¡oh Israel! No podrás subsistir delante de tus enemigos hasta que sea quitado de en medio de ti el que se ha contaminado con esta maldad. Mañana os presentaréis cada uno por vuestras tribus, y la tribu sobre que cayere la suerte, se presentará por sus parentelas, y cada parentela por sus casas, y cada casa por sus personas; y el que se averiguare que es reo de esta maldad, será quemado con todo lo que tenga, porque ha traspasado el pacto del Señor y hecho la maldad en Israel.

El castigo era severo, pero se tuvo por una gran piedad del Cielo que el Señor quisiese romper el silencio, declarar el motivo de su enojo y su retiro, y salvar á costa de una sola familia la nacion entera, pues desamparada del Señor habria perecido indudablemente en medio de tantos y tan poderosos enemigos. Josué, los príncipes de las tribus y los ancianos se levantaron de delante del arca, y juntando á los hijos de Israel en aquella tarde, les dijeron: Estad purificados para mañana, porque esto dice el Señor: Anatema hay en medio de ti ¡oh Israel! y no podrás subsistir delante de tus enemigos hasta que sea quitado de en medio de ti el que se ha contaminado con esta maldad. Mañana os presentaréis cada uno por

vuestras tribus, y aquel sobre quien cayere la suerte será quemado con todo lo que tenga. En esta ocasion se usó de la suerte, pero fué por orden expresa del Señor, porque no se puede usar de ella para descubrir el autor del hurto ni de cualquiera otro delito.

Se averigua por la suerte que Acan es el motivo de esta desgracia.

Levantándose, pues, Josué de mañana, hizo que se presentase el pueblo por orden de sus tribus, se echó la suerte y cayó sobre la tribu de Judá, y presentada esta por el orden de sus familias, cayó sobre la familia de Zaré, y presentada tambien esta por el orden de sus casas, cayó sobre la casa de Zabdi, y tomando separados á los hombres de esta casa, uno á uno, cayó sobre Acan. Y dijo Josué á Acan: Hijo mio, da gloria al Señor, Dios de Israel, y confiesa y manifiéstame lo que has hecho; no lo encubras. Entonces dijo Acan á Josué: Verdaderamente yo he pecado contra el Señor, Dios de Israel. Ví entre los despojos una capa de grana muy buena y doscientos siclos de plata, y una barra de oro de cincuenta siclos, y codicioso lo tomé y enterré en medio de mi tienda. Josué entonces envió ministros, los cuales corriendo á la tienda de Acan lo hallaron todo escondido en aquel mismo lugar y juntamente el dinero, y sacándolo de la tienda lo llevaron á Josué y á todos los hijos de Israel, y lo arrojaron delante del Señor.

Castigo de Acan.

Josué, pues, y con él todo Israel, tomando á Acan, el dinero, la capa y la barra de oro, sus hijos é hijas, sus bueyes y asnos, sus ovejas, la misma tienda y todo cuanto encerraba, lo llevaron al valle de Acor, donde

dijo Josué á Acan: Por cuanto nos has perturbado, el Señor te confunda en este dia. Apedreóle allí todo Israel y fué consumido de las llamas con todo cuanto le pertenecia, y echaron sobre aquel lugar un gran monton de piedras, que se miraban allí mucho tiempo despues como un monumento de la justicia de Dios; y con esto cesó su divino enojo. Por la turbacion que causó Acan en el pueblo de Israel, se llamó aquel sitio *valle de Acor*.

Toma de Hai.

Aplacada así la ira del Señor y reparada su gloria, dijo á Josué: Toma contigo la multitud de los combatientes y sube á la ciudad de Hai. En tus manos he puesto al rey, al pueblo, la ciudad y la tierra, y tratarás á la ciudad de Hai y á su rey como trataste á Jericó y á su rey; pero aquí repartiréis entre vosotros la presa y todos los animales. Levántose, pues, Josué y con él todo el ejército para subir contra Hai. Envio de noche treinta mil hombres escogidos y valientes para que se emboscasen á espaldas de la ciudad, advirtiéndoles que no se alejasen mucho de ella y que estuviesen prevenidos; que él con toda la gente que tenia consigo se acercaria á la ciudad por la parte opuesta, y cuando salgan, dijo, contra nosotros, volveremos la espalda y huirémos hasta que persiguiéndonos se alejen mucho de la ciudad, y mientras que nosotros vamos huyendo y ellos siguiéndonos el alcance, saldréis vosotros de la emboscada, y el Señor, vuestro Dios, pondrá en vuestras manos la ciudad, y luego que hubiéreis entrado en ella incendiad lo necesario para que se vea de léjos el fuego. Con esto los despachó y ellos fueron á emboscarse al lado occidental de Hai.

Josué se quedó aquella noche en medio del ejército, y levantándose de madrugada pasó revista y emprendió el movimiento puesto al frente de las tropas, acompañado

de los ancianos y precedido de una guardia de buenos soldados. Habiendo llegado cerca de Hai, hizo alto en el lado setentrional de la ciudad, teniendo un valle de por medio. Habia escogido otros cinco mil hombres y les habia mandado emboscar entre Betel y Hai. El resto del ejército marchaba formado en batalla hacia el setentrion y acampó aquella noche en medio del valle. Cuando el rey de Hai le vió por la mañana, se apresuró á salir de la ciudad con todas sus tropas sin saber que dejaba enemigos á la espalda. Josué y todo Israel fueron cediendo el terreno manifestando miedo y retirándose por el camino del desierto. Viendo esto el ejército de Hai, alzó el grito y animándose unos á otros los soldados, les fueron persiguiendo y alejándose de la ciudad, sin que hubiese quedado en ella ni un solo soldado que no saliese á perseguir á Israel. Entonces dijo el Señor á Josué: Alza el broquel que tienes en la mano hacia la ciudad de Hai, porque te la entregaré. Y habiendo alzado Josué el broquel hacia la ciudad, salieron al momento los que estaban emboscados y corriendo á ella la tomaron é incendiaron en el modo que se les habia prevenido. Viendo los de Hai el humo que subia de su ciudad, conocieron que habia sido tomada é incendiada. Quisieron volverse á socorrerla, pero ya no hubo lugar. A un tiempo se hallaron acometidos por la espalda de los que habian incendiado la ciudad y cargados de frente por todo el ejército de Israel que, volviendo caras, se arrojó sobre ellos con furor y les hizo trozos, sin que se salvase ni un solo soldado. Entraron en la ciudad y la entregaron al filo de la espada; y todos los que murieron en este dia fueron doce mil. Josué, como otro Moises, no bajó la mano con que tenia alzado el broquel hasta que fueron muertos todos los habitantes de Hai. Despues de la mortandad se entró en el saqueo de la ciudad. Se tomaron todas sus riquezas, se recogieron todos sus ganados y se sacó de ella todo el botín para repartirle, como lo habia mandado el Señor á Josué. Luego se pegó fuego á la ciudad por todos partes,

y en poco tiempo quedó reducida á un vasto cementerio.

Mandato de Moises.

No fué solo la cercanía al campamento de Gálgala quien empeñó á Josué en la toma de Hai. Habia tambien un motivo de fidelidad y religion para hacer esta conquista. Dejó mandado Moises á los hijos de Israel: que pasado el Jordán, erigiesen en el monte Hebal, contiguo al de Garizin, un altar de peñas sin labrar, y ofreciesen sobre él víctimas y holocaustos; que grabasen en las peñas que le formasen los mandamientos de la ley; y que, colocadas seis tribus sobre el monte Garizin, bendijesen á los que los guardasen, y otras seis sobre el monte Hebal maldijesen á los que los quebrantasen. La conquista de Hai abrió el camino de estos dos montes sobre los cuales debian hallarse todos los hijos de Israel, hombres y mujeres, ancianos y niños y tambien los extranjeros y prosélitos, para oír las palabras de la ley, ratificar el tratado de la alianza del pueblo con Dios, y confirmar de un modo solemne é imponente las bendiciones de los que guardasen la ley, las maldiciones y de los que la quebrantasen, y este encargo del santo maestro es el que trata de cumplir ahora su fiel discípulo.

Bendiciones á los que guardan la ley de Dios, y maldiciones á los que la quebrantan.

Convertida en ruinas la ciudad de Hai, pasaron toda la multitud de los hijos de Israel y todos los extranjeros y los prosélitos á las llanuras que rodeaban los famosos montes de Hebal y Garizin; edificaron en el monte Hebal el altar que habia mandado Moises; ofrecieron sobre él holocaustos; sacrificaron víctimas pacíficas, y celebraron un banquete religioso. Escribieron á punta de buril ó

punzon en las peñas, que formaban el altar, los diez mandamientos de la ley. Todo el pueblo, los ancianos, los príncipes de las tribus, los jueces... todos, así naturales como extranjeros estaban en pie á uno y otro lado del arca de la alianza del Señor, en presencia de los sacerdotes que la tenían sobre sus hombros. Concluida la escritura subió al monte Garizin la mitad de las doce tribus, y fueron Simeon, Leví, Judá, Isacar, José y Benjamin. Estas seis tribus, que eran las mas ilustres porque descendian de Raquel y Lia mujeres libres de Jacob, fueron destinadas á confirmar sobre el monte Garizin, que era muy fértil y ameno, las bendiciones que se echasen á los que cumpliesen la ley. Al mismo tiempo subió al monte Hebal la otra mitad de las doce tribus, y fueron Ruben, Gad, Aser, Zabulon, Dan y Nephtalí. Ruben descendia de Lia y era el primogénito, pero habia perdido la primogenitura por su delito de incesto. Tambien descendia Zabulon de Lia, mas era el sétimo de las mujeres libres, y no cupo en el número de la primera mitad de las tribus. Los otros cuatro descendian de Bala y Zelfa, criadas de Raquel y Lia, y estas seis tribus fueron destinadas á confirmar sobre el monte Hebal, que era escabroso y peñascoso, las maldiciones que se echasen á los que no cumpliesen la ley. El arca de la alianza reposaba en el valle que dividia á los dos montes, rodeada de los sacerdotes y levitas, y los dos montes estaban cubiertos de dos millones de Israelitas. En medio de este asombroso espectáculo se oyó la voz sonora y robusta de los sacerdotes y levitas que decia.

Bendiciones.

¡Ó Israel! Si oyes la voz del Señor, tu Dios, para cumplir todos sus mandamientos, el Señor te ensalzará sobre todas la gentes que ocupan la tierra; y las tribus que estaban sobre el monte Garizin respondieron á un tiempo, y con una voz que estremeció los cerros y resonó por los valles:

Amen. Así sean premiados los amigos de Dios que cumplan su santa ley.

Y vendrán sobre ti, continuaron los sacerdotes y levitas, todas estas bendiciones con tal que escuches y cumplas sus mandamientos.

Y las tribus respondieron: *Amen.*

Y será bendito en la ciudad y bendito fuera de ella.

Amen.

Y será bendito el fruto de tu vientre y el fruto de tus tierras y el fruto de tus bestias y las manadas de tus vacas y los apriscos de tus ovejas. Y serán benditos tus graneros y benditos tus sobrantes.

Amen.

Y serás tú bendito cuando entrases y salieres y en todos tus pasos.

Amen.

Y hará el Señor que caigan delante de ti los enemigos que se levanten contra ti; por un camino vendrán y por siete huirán de tu presencia.

Amen.

Enviará el Señor bendicion sobre tus cillas y sobre todas las obras de tus manos, y te bendecirá en la tierra que recibieres.

Amen.

Te levantará el Señor como un pueblo santo para sí, segun te lo ha jurado, si guardares los mandamientos del Señor, tu Dios.

Amen.

Y verán todos los pueblos de la tierra que ha sido invocado sobre ti el nombre del Señor, y te temerán.

Amen.

Te hará el Señor abundar en todos los bienes; en el fruto de tu vientre, en el fruto de tus bestias, y en el fruto de la tierra, que juró el Señor á tus padres, que les daría.

Amen.

Abrirá el Señor los tesoros del cielo para que den lluvias á tu tierra al tiempo conveniente, y bendecirá todos

los trabajos de tus manos; y darás prestado á muchas gentes, y tú de nadie tomarás prestado.

Amen.

Y el Señor te pondrá por cabeza y no por pié, con tal que obedezcas los mandamientos del Señor, tu Dios, y los guardes y cumplas, y no te desvies de ellos, ni á la diestra, ni á la siniestra, ni sigas dioses ajenos, ni les des culto.

Amen.

Maldiciones

Pero si no quieres escuchar la voz del Señor, tu Dios, continuaron los sacerdotes y levitas, para guardar y cumplir todos sus mandamientos y ceremonias, vendrán sobre ti y te alcazarán todas estas maldiciones. Serás maldito en la ciudad y maldito fuera de ella.

Y respondieron las tribus que ocupaban el monte Hebal á un tiempo y con la misma voz: *Amen. Así sean castigados los enemigos de Dios que no cumplan su ley santa.*

Será maldito tu granero, continuaron los sacerdotes y levitas, y malditos tus sobrantes.

Y respondieron las tribus: *Amen.*

Y será maldito el fruto de tu vientro y el fruto de tu tierra y las manadas de tus vacas y los rebaños de tus ovejas.

Amen.

Y serás maldito cuando entres y cuando salieres, y el Señor enviará sobre ti hambre y ansia por comer y maldicion sobre todas las obras que hicieres hasta que te muela y pierda á causa de tus malísimas invenciones por las que le abandonaste.

Amen.

El Señor te herirá con miseria, calentura, frío, ardor, bochorno y aire corrompido y te perseguirá hasta que perezcas.

Amen.

Y se volverá de bronce el cielo que está sobre ti, y de

hierro la tierra que pisas. Y dará el Señor á tu tierra polvo en vez de lluvia, y descenderá del cielo ceniza sobre ti hasta que seas consumido, y hará que caigas delante de tus enemigos.

Amen.

Salgas por un camino contra ellos y huyas por siete, y seas dispersado por todos los reinos de la tierra. Hiérate el Señor con locura, ceguera y frenesí; y andes á tientas en medio del día como el ciego en sus tinieblas, y no aciertes con tus caminos. Tengas en todo tiempo calumnias que sufrir. Seas oprimido con la violencia y no tengas quien te libre.

Amen.

Y tomes mujer y otro la posea, y fabriques casa y no la habites. Plantes viñas y no las vendimies. Sea degollado tu buey delante de ti y no comas de él. Á tus ojos sea robado tu asno y no te le vuelvan. Sean dadas tus ovejas á tus enemigos y no haya quien te ayude á rescatarlas. Sean entregados tus hijos y tus hijas á otro pueblo, viéndolos tus ojos y desfalleciendo de mirarlos todo el día, y no haya fuerza en tu mano para librarlos. Un pueblo á quien no conoces, coma los frutos de tu tierra y todos tus afanes.

Amen.

El extranjero, que vive contigo en la tierra, subirá y estará muy alto, y tu descenderás y quedarás muy bajo. Él estará por cabeza y tú por pié, y habrá en ti señales y prodigios y en tu descendencia para siempre, por cuanto no serviste al Señor, tu Dios, con gozo y alegría del corazón en la abundancia de todas las cosas.

Amen.

El Señor te llevará á ti y al rey que establecieres sobre ti á una gente que no conoces tú, ni conocieron tus padres, y servirás allí á dioses ajenos, á los palos y á las piedras. Serás el proverbio de la burla y la befa de los pueblos adonde el Señor te llevará.

Amen.